

Introducción

Media vida después

Han pasado ya treinta y cinco años y aún resulta doloroso volver a leer lo que escribí bajo los efectos de la situación extrema que acaba de dejar atrás. Las pruebas existenciales que hube de superar entre mayo de 1975 y julio de 1977 consistieron en una serie de calamidades que se sucedieron sin pausa, una tras otra. Su implacable nexo de unión fue el encierro en prisión, que conocí en numerosas modalidades y grados.

Por lo que recuerdo, unos meses después de mi puesta en libertad la redacción de “Kursbuch”^{*} me convenció para que escribiera el presente relato. Se trataba, como entonces subrayé, de unas “primeras notas”. Así quedaron hasta hoy. Tras su publicación las dejé a un lado para procesar lo que había omitido. A ello se sumaba la necesidad de cuestionarme acerca del sentido de la vida recién recuperada y, tras salir airoso de esta reflexión, mirar de nuevo hacia delante. El problema que se me presentaba era: ¿debía emigrar para seguir así con mis planes originales (quería incorporarme a los movimientos de liberación del sur, una vez concluida mi formación quirúrgica)? ¿O debía quedarme y comenzar algo nuevo? Por suerte me di cuenta a tiempo de que si quería sobrevivir tenía que contar con unas crecientes dificultades físicas. El nuevo comienzo no habría sido posible sin el apoyo de mi compañera y amigos.

Y así ha sucedido que hasta este momento no había vuelto a leer la narración publicada en 1978. Enseguida he advertido lo que omití. Cuando me encontré en el vientre de la ballena fui no sólo maltratado, también humillado. Esas humillaciones me hicieron más daño que ninguna otra cosa. Han tenido que pasar decenios para superarlas. ¿Debería ahora continuar aquellas notas para narrar también esas experiencias traumáticas? He decidido renunciar a ello, pues en algunos puntos son similares a lo ya conocido a través de los informes de investigación sobre la práctica de la tortura en Latinoamérica durante los años 70. Me limitaré a recordar un único suceso. Cuando ya se perfilaba el giro decisivo del proceso (mi absolución del cargo de asesinato), los agentes de seguridad me amarraron furiosos al sistema de suspensión, a la puerta del helicóptero que debía llevarme de nuevo a la prisión de Bochum. Me acribillaron a fotos así, con los brazos en cruz, antes de cerrar la puerta. Lo mismo se les hacía a los presos chilenos y argentinos antes de que fueran arrojados al mar. A mí, por el contrario, una vez aterrizamos en Bochum me desataron y me empujaron hacia una esquina de los muros de la prisión, por “riesgo de fuga”. Pero no me fusilaron, sino que finalmente me entregaron a los guardias de la prisión.

Bremen, 15 de febrero de 2013

** Revista fundada en 1965 por Hans Magnus Enzensberger y publicada por la editorial Suhrkamp; a partir de 1970 publicada por Klaus Wagenbach y desde 1973 por la editorial Rotbuch. Considerada como uno de los órganos principales de la oposición extraparlamentaria, dejó de publicarse en 2008*

En el vientre de la ballena

Mayo de 1975-julio de 1977: Primeros apuntes

En memoria de Philipp Sauber

*Yo volví mis ojos a todas las opresiones
que se cometen bajo el sol:
ahí están las lágrimas de los oprimidos,
y no hay quien los consuele.
La fuerza está del lado de los opresores,
y no hay nadie que les dé su merecido.
Entonces tuve por más felices
a los muertos, porque ya están muertos,
que a los vivos, porque viven todavía;
y consideraré más feliz aún
al que todavía no ha existido,
porque no ha visto las infamias
que se cometen bajo el sol.*

Este pasaje del capítulo cuarto del Eclesiastés lo canté a menudo mientras permanecía en la celda de aislamiento.

A modo de prelude, una historia de espías

„Su amigo -el hombre de Colonia- ha recibido el reconocimiento que se le debía por la descripción que hizo de su persona.“ Con esta enrevesada frase burló un compañero preso la censura postal justo al término del proceso. El „amigo“ era aquel denunciante que presentó graves acusaciones contra mí justo antes de que se me levantara la orden de reclusión, el 10 de julio de 1977. Me acusaba de preparar el asesinato del director de la prisión, de tratar de liquidar al jefe médico de la clínica penitenciaria de Bochum. Declaró que, durante el tiempo libre, yo le conté que el 9 de mayo de 1975 le habría disparado si hubiera tenido ocasión. Pero esa última acusación no se presentó en el momento oportuno. El denunciante fracasó en su declaración ante el tribunal. Las pruebas y explicaciones preparadas no sirvieron de nada. Unas semanas antes todo habría sido muy diferente: un juez presidiendo el tribunal que con sus técnicas de interrogación habría restado peso a las incongruencias, una mejor coordinación con el ataque del *Bild*, que poco antes nos había acusado a Roland Otto y a mí de otro complot para asesinar precisamente a ese juez... El fracaso del denunciante se debió a una mala dirección de escena. Amargo para él, pues el castigo de sus compañeros presos, que le esperaba en todo caso, no tuvo su compensación. Hoy le recuerdo con tristeza, a él, al denunciante, al expropietario de un bar y preso en custodia de seguridad Peter Cabet (*nombre cambiado*).

Por aquel entonces redacté la siguiente declaración, que luego durante el proceso no hubo necesidad de presentar:

Cómo un delincuente se convierte en denunciante por razones de Estado

Cuando el otoño de 1976 Peter Cabet compareció ante la sala 13 del juzgado de lo penal del tribunal provincial de Colonia para defenderse de la acusación de un delito de agresión con agravante de

reincidencia, todavía era, según sus propias declaraciones, un hombre libre. La sentencia, pronunciada por un tribunal presidido por de Someskoy, fue un duro golpe: seis años, además de la posterior custodia de seguridad. Cabet, el antiguo „delincuente habitual“ que había llegado a ser copropietario de un pequeño bar en el Unicenter de Colonia, volvía a prisión. Todos los intentos del pasado por corregir sus graves problemas de conducta, que hacían que su relación con los demás se redujera a casos de agresión, habían fracasado. El cuerpo de Cabet reaccionó al descalabro en forma de una grave enfermedad psicosomática. Fue trasladado de Ossendorf al centro hospitalario de la cárcel de Bochum y ahí se acabó todo para él. El poco margen de acción y contacto con otras personas que así y todo se le permitía en Ossendorf al recluso medio se había terminado: ningún espacio de recreo, ninguna posibilidad de compartir un rato con otro preso en su celda o en la propia, sin más opción que vegetar en una diminuta y sofocante celda, con la iglesia y el tiempo libre como únicos actos sociales. Además de eso, Cabet y el director de la cárcel, Berg, eran viejos conocidos. Cabet estuvo con él en la cárcel de Rheinbach antes de que éste fuera trasladado a Bochum por razones disciplinarias. Cabet, testigo ocular del caso [Klingelpütz](#), me contó que Berg se ensañó con él. Los continuos actos de rebeldía y sus correspondientes castigos agotaron sus últimas fuerzas.

Conocí a este delincuente destrozado en enero de 1977, cuando estando confinado en régimen de aislamiento se me levantó el castigo de permanecer solo en el patio durante las horas libres. Era uno de los cuatro o cinco presos lo bastante corpulentos para servirme de apoyo en los paseos, pues entonces padecía aún de una debilidad de los extensores del pie y desórdenes tróficos en la pierna derecha que me hacían cojear. A esto se sumaban los espasmos si caminaba más de la cuenta. Durante esas primeras semanas me vi libre de intrigas. El propio Cabet escribió cartas en las que mostraba su indignación por el estado en que se me mantenía.

Su juez de instrucción, de Someskoy (Cabet estaba a las espera de que redactara una valoración para poder pedir la revisión de la condena), pronto se hizo con una de ellas. Desde entonces supo Cabet la importancia que de Someskoy concedía a sus observaciones acerca de mí. Solía hacer hincapié en ello. Y yo prestaba atención a lo que decían los presos.

A finales de enero de 1977, tras largas discusiones, los presos de la clínica penitenciaria decidieron emprender algunas acciones para mejorar las condiciones de detención. Se recogieron todas las quejas, así como las propuestas de mejora. Se redactó una solicitud conjunta, dirigida a la dirección de la cárcel y a la jefatura del servicio médico, consensuada durante las horas de patio. También el procedimiento fue acordado conjuntamente. Se eligió una especie de comisión petitoria y los formularios de solicitud fueron repartidos de tal manera que ni en el más minucioso de los registros generales pudieran ser incautadas todas. La acción fue todo un éxito. Más de sesenta presos, casi la totalidad de los internos, estamparon su firma. Incluso Cabet firmó, a pesar de estar molesto por no habersele tenido al tanto de los preparativos finales. Naturalmente, esto había llegado a oídos del Departamento de Seguridad y empezaron a buscar espías. Cabet, egocéntrico y hundido (el único que, tras los prolongados periodos de detención en Rheinbach, ofrecía buenas perspectivas) no era reacio a colaborar. Y fue reconocido en el momento oportuno como el nuevo hombre de confianza de la Seguridad.

La dirección de la cárcel respondió a las justas demandas con una furiosa represión: traslado a las celdas de las secciones abiertas, aislamiento, endurecimiento de las medidas de seguridad. En una ocasión Berg me dijo que mientras él presidiera la cárcel la situación no cambiaría lo más mínimo: que en un hospital penitenciario es fundamental que los internos sean en todo momento conscientes de la diferencia con un hospital normal, del exterior, y que esto se les quede bien grabado. Cuando en la segunda semana de febrero se me permitió regresar al patio junto al resto de los presos, todas las esperanzas se habían esfumado. El director de la prisión decidió poner fin al triste desfile de los vencidos. Nada más acabar el tiempo libre hizo llamar por primera vez a Cabet, a quien había visto

hablando conmigo. Cabet, que claramente no estaba aún del todo contento con el papel de espía que poco a poco se le iba adjudicando, me lo contó un par de días después. Fue la primera y última vez que me comentó sus entrevistas con el director. Berg se habló sobre todo de mí. Le dijo que yo era un profesor de pacotilla, un político con pájaros en la cabeza que soñaba con que un día las cárceles desaparecerían. Pero también peligroso, un maniobrero que actuaba en la sombra como comisario político. Le dijo a Cabet que seguro que quería pasar una condena tranquila y solucionar el problema de su posterior custodia de seguridad, y que en tal caso debería actuar en consecuencia. Le explicó que antes los presos políticos se mantenían alejados del resto de los internos, pero que ya no era así, por lo que eran necesarios nuevos métodos para continuar manteniendo la ley y el orden.

Cabet me preguntó entonces por primera vez acerca de mi trayectoria política y del proceso judicial, y leyó mi Declaración Personal, que circulaba entre los presos. Para prestarle apoyo, me interesé por la revisión de su condena. Comenté con él algunos ejercicios preliminares de entrenamiento autógeno y traté de conseguirle una buena asistencia jurídica. Pero todo esto sucedió en una etapa de nuestra relación en la que Cabet, siguiendo las directrices de Berg, se empleaba de manera cada vez más patente en su labor denunciatoria. Aunque no me hacía ninguna ilusión, al principio no me aparté de él, pues su enfermedad se agravó y sufría peligrosos ataques de asfixia: una inequívoca respuesta al chantaje ligado a sus perspectivas de mejorar las condiciones de encarcelamiento.

Tras la represión, los presos se limitaron a acciones de apoyo mutuo de manera totalmente desorganizada. Era casi un acontecimiento cuando presos sin cuenta en la prisión (en Bochum, a partir de las seis semanas los presos podían disponer del dinero que se les transfiriera) podían conseguir un poco de té o café. El tabaco, de manera absurda, estaba totalmente prohibido. En consecuencia, se libraba una pequeña y silenciosa guerra para evitar que los ordenanzas sacaran demasiado beneficio del trapicheo. Muchos presos luchaban desesperadamente por la supervivencia, pues las condiciones de detención hacían que sus enfermedades empeoraran semana a semana. El insuficiente suministro de medicamentos afectaba a todos. La mayoría simulaba no encontrarse muy enfermo para escapar así de la situación de confinamiento extremo y ser trasladados a unas celdas que ahora parecían paradisíacas. Quienes se declaraban en huelga de hambre eran aislados, y cuando la daban por finalizada se les negaba cualquier asistencia médica para su recuperación. A los drogodependientes se les trataba brutalmente con aponal. Los encarcelados por delitos económicos rellenaban montones de instancias para que el personal médico les permitiera recuperar algún signo de identidad personal: recuerdo la historia del *Spiegel* acerca de la lucha por su pijama de un directivo de la empresa minera Stumm allí confinado.

También yo trataba de arreglármelas lo mejor posible en medio de estas terribles condiciones. Me dieron un ultimátum para que no discutiera de problemas médicos con el resto de los presos, pero me negué. A los presos que acudían a mí los ayudaba con los problemas relativos al tratamiento de sus enfermedades. La consecuencia fue que se formó un grupo de funcionarios que actuaba cada vez más abiertamente contra mí y otros presos que también se habían significado de alguna manera. Cabet se implicó en ello de una forma que resultó fatal para él. Los contactos durante el tiempo libre fueron controlados minuciosamente. A los presos que habían conversado conmigo varias veces o más tiempo de la cuenta se les conminó a distanciarse de mí bajo amenaza, incluso, de acusárseles de prestar apoyo a una asociación criminal. Si se resistían, a menudo eran trasladados de nuevo rápidamente a las celdas de las secciones abiertas. Los argumentos bajo los que se alentaba la falta de solidaridad eran siempre los mismos. Yo era un terrorista encubierto que operaba en la sombra y trataba de ganarse a la gente para su causa. Las iniciativas en las que participé contra el trapicheo de tabaco eran tachadas de intentos de soborno, si hablaba de cuestiones médicas lo hacía únicamente para disponer de más munición contra el Estado.

No es de extrañar que a Cabet y otros presos como él poco a poco les empezara a parecer necesario realizar actividades complementarias de colaboración con la Seguridad del Estado. Sobre todo en el

caso de Cabet el ataque a mi persona parecía coincidir con su experiencia de las relaciones de poder, concluyendo que su propia situación en la prisión sólo podía mejorar a costa de otros presos. Mientras el denunciante Cabet se reunía cada con más frecuencia con Berg y sus guardias de confianza en la clínica, el delincuente Cabet trabajaba para crear un sistema de dominación al estilo de la mafia. Surgió una alianza recíproca entre la dirección de la cárcel y los delincuentes, en la que cada parte intentaba imponer a la otra sus intereses. Los funcionarios se convertían de esta manera (si lo hacían consciente o inconscientemente es irrelevante) en delincuentes, mientras que los delincuentes se convertían en denunciantes.

En lo que sigue me centraré en el papel jugado por el denunciante Cabet, quien con notable habilidad trataba de compaginar su egocéntrica debilidad de carácter con el prusiano sentido del deber y la razón de Estado del director Berg. Tuvo gran éxito, en buena medida porque consiguió tener bajo su control a la mayoría de los presos y a todos los funcionarios preocupados únicamente por el mantenimiento de las formas (que también en el infierno de Bochum eran la mayoría).

Cabet debía en primer lugar, conforme a la idea que tenía de sí mismo, ascender a la posición de preso más privilegiado de la cárcel. Le ayudó a ello sobre todo su mentalidad nacionalista. Con la aprobación de Berg, de Someskoy le permitió disponer de un aparato de televisión, un logro increíble en Bochum. Cuando otro preso, un empresario, pudo también disfrutar de un televisor, Cabet tramó una refinada intriga y consiguió hacerlo caer en desgracia. Poco después logró que del sistema de reflectores, instalado a mi llegada, en agosto de 1976, se retirara el foco que daba a su celda mientras que los contiguos permanecían tal cual estaban. Y por último pudo disponer a su gusto del pabellón de los baños, que en adelante se convirtió en el centro de operaciones de sus intrigas.

Denunciante y director sabían del papel simbólico de todo ello: los presos que participaban en iniciativas solidarias lo pagaban con un empeoramiento de las condiciones de encarcelamiento. Por contra, los reclusos mejoraban su situación tan pronto pasaban por el aro y colaboraban en las denuncias, permitiendo así que la burocracia carcelaria se introdujera entre la confusa masa de presos clasificándolos y enfrentando a unos contra otros.

Una vez hecho esto, Cabet se ocupó de someter a los presos bajo su dominio. Para ello le vinieron muy bien sus excelentes y bien cultivadas dotes atléticas, que le servían para expresar sus amenazas físicamente. De ese modo, y con ayuda de frecuentes arrebatos de cólera, lograba fácilmente su objetivo con los presos más asustadizos. Si esto no era suficiente, los chantajeaba. Les pasaba objetos prohibidos y los amenazaba con un rápido registro del departamento de seguridad en caso de que se negaran a colaborar. Con algunos también utilizó los puños. Pero su castigo más duro consistía en escupir a la cara de algún vasallo díscolo ante el mayor número posible de testigos.

También frente a los funcionarios practicó Cabet diversos métodos de intimidación. A los funcionarios que no veían con buenos ojos su forma de actuar o su pacto con la dirección de la prisión, no era extraño que los amenazara advirtiéndoles de que en cuanto quisiera podía dejarlos fuera de juego con denuncias inventadas. Inducía a estos funcionarios a realizar actos que de ser conocidos tendrían consecuencias disciplinarias. Luego los chantajeaba. Todo esto lo hacía de manera bastante descarada.

Con ese mismo descaro consiguió durante algún tiempo tener bajo su control todo el trapicheo de tabaco. Cabet era partidario del sistema económico liberal-capitalista, según el cual la oferta y la demanda han de regularse libremente. Sin embargo, debido a la prohibición, la demanda de tabaco era muy grande. Así que Cabet ajustó la relaciones de intercambio imponiendo recargos adicionales, que exigía con violencia. Hubo momentos en que dos paquetes de tabaco corriente costaban un reloj de pulsera: el precio medio, según la referencia de su catálogo de compras.

Recuerdo también que amenazó a un preso con darle una paliza porque se negaba a proporcionarle un cable de televisión. Pronto se la propinó, tal y como había anunciado.

Fue en esa época cuando le exigí que se disculpara ante los presos por su comportamiento egoísta, que había acabado con los últimos vestigios de solidaridad. Enseguida me amenazó con hacerme correr peor suerte que los demás. En el último encuentro que tuvimos, tras el tiempo libre, justo antes del regreso a las celdas, acabó diciendo: „Al que se meta en mis asuntos me lo follo. Te voy a romper los huesos, cerdo comunista. Te caerás por la barandilla y los 'verdes' mirarán hacia otro lado. Nadie verá nada. Será un suicidio“.

No le importaba lo más mínimo que los presos, o incluso funcionarios, le oyeran. Tan seguro se sentía. Meses más tarde repitió su amenaza. Sin embargo, la dirección de la prisión, que no ignoraba nada de ello, no encontró motivo para actuar. Para qué, ya era célebre por aplicar fuertes sanciones ante la mayor nimiedad. Aunque yo también estaba en el tercer piso, dos celdas más allá de la de Cabet, no se me alejó de él. Hasta el segundo intento de denuncia, Cabet disfrutó de total libertad.

Concluimos así este tosco bosquejo del entramado de dominación creado por Cabet, quien, orgulloso, ante otro preso lo calificó una vez como la „Mafia de la Krümmede“. Para implantar esta „mafia“ se valió sobre todo de la necesidad de la dirección de la cárcel de disponer de informantes entre los internos de la clínica penitenciaria. Cabet era, pese a todo, un pobre hombre atormentado. Los auténticos canallas llevaban uniforme.

De bachilleres frustrados a homicidas

Con los miembros del MEK [*Mobiles Einsatzkommando*. Grupo de operaciones especiales de la policía alemana. N. del T.] no se bromea. El desenfado con que a veces se mueven lleva a engaño. La pistola, sin funda en la pierna, metida en el cinturón, no expresa ningún distanciamiento del arma sino todo lo contrario. A los agentes del MEK no les sientan bien los vaqueros. Les va mejor el uniforme de combate. No hay más que ver a los especialistas del MEK de Nordrhein-Westfalen con su equipo de combate. Para una persona corriente el *drillich* aún es aceptable. Lo conocerá del ejército, si es que alguna vez estuvo en él: seguro que entonces habría preferido arrastrarse por el barro en *drillich*, el uniforme oficial de faena, antes que con el aparatoso uniforme de combate. Las botas, tan altas, lo hacen aún más difícil. ¿Y las armas? A esto ya se fue acostumbrando. Sólo resulta llamativo el cuchillo, más parecido a un cuchillo de monte que a uno para el combate cuerpo a cuerpo. Una vez iba yo en una ambulancia, encogido entre las piernas de un agente gigantesco. Estaba padeciendo una crisis circulatoria y sólo capté parte de la conversación del agente del MEK con el enfermero. Formaba parte del servicio de seguridad del consejero de Interior de Nordrhein-Westfalen. Abandonó los estudios de bachillerato. Más adelante, autoafirmación mediante la práctica del kárate. Acabó en la escuela de policía por miedo al paro. Después siguió un curso dirigido por psicólogos: tests de reacción, adiestramiento físico, entrenamiento motivacional, entrenamiento para el ataque. Una formación como la que se sigue en los grandes cárteles de la droga: para matar. Es posible que al hablar con el enfermero exagerara, pero su relato del día a día era de todo punto creíble. Era la sombra del ministro, unas veces de uniforme en grandes escoltas y actos, la mayoría de las veces de civil, pero también con mono de obrero. El resto del tiempo lo pasaba con la brigada especial: tenis de mesa, carreras, levantamiento de pesas. Escuchaba lo que podía. Al final del viaje de Düsseldorf a Bochum, o también Colonia, se hizo más difícil. El tipo del MEK empezó a hablar de sus entradas en acción. No habían sido muchas y tampoco había habido muertos, pero algo es algo. Su discurso giró en torno al problema de que a los especialistas del MEK, al contrario que durante su periodo de entrenamiento, en la lucha cuerpo a cuerpo les estaba prohibido utilizar los puños, las patadas con las botas o el cuchillo. La „nueve milímetros“ se situaba en primer plano. Una vez, siguiendo estrictamente las normas, cuando se encontraba en un

transporte especial le disparó a un detenido enfermo que estaba armando bronca. „Pues cuando estos tipos pierden los nervios tienen de repente una fuerza enorme“. Al decirlo inclinaba la vista hacia abajo, mirando de forma muy significativa al guñapo con crisis circulatoria que tenía entre las piernas, que estaba además con las manos esposadas. Hice acopio de mis últimas fuerzas y le pregunté por qué después de todo seguía adornándose con el cuchillo. ¿Tenía esto que ver con el nombre de su consejero de Interior? [*El consejero de Interior de Nordrhein-Westfalen era por aquella época Burkhard Hirsch (Hirsch significa „ciervo“ y a ese tipo de cuchillo se le llama Hirschfänger (lit. „cazador de ciervos“). N. del T.*] El resto del viaje permaneció en silencio.

Por lo demás, en el contacto que tuve con los MEK salí perdiendo. Debido a una perforación estomacal o una obstrucción del intestino, según un autodiagnóstico presuntivo, a comienzos de agosto del 75 me llevaron de la cárcel de Ossendorf a una clínica de Colonia. El médico de la prisión, Bechtel, consiguió que, como era razonable, se me trasladara a la clínica en la que se me había atendido por primera vez, el 9 de mayo. El despliegue para el transporte fue gigantesco. Era un convoy enorme el que se puso en marcha, ya avanzada la tarde, para viajar desde la cárcel de Ossendorf a Colonia-Holweide. Todo este despliegue se repitió en octubre, pero no recuerdo ya con seguridad si el trato especial en el transporte se produjo en agosto o en octubre.

La „vigilancia de contacto directo“ (esta expresión se la oí al jefe del grupo) la asumió un grupo del SEK (*Sonder-Einsatzkommando*, „Comando de Operaciones Especiales“) de Colonia. En la antesala de la sección de transporte empezaba su cometido. Bajo la mirada del jefe de operaciones, los agentes del SEK me llevaron en camilla, atado de pies y manos. Había doblado las rodillas para aliviar el atroz dolor, pero me estiraron la piernas y las inmovilizaron. Le pregunté al médico de prisión, que presenciaba el traslado, si no podía hacer algo contra aquel insoportable agravamiento del dolor. Bechtel rió y se encogió de hombros. ¿Era cinismo o sólo impotencia? Se me introdujo así en un coche de emergencias de la Asociación de Trabajadores Samaritanos. Durante el viaje los dolores iban y venían y se hacían cada vez más intensos. Me revolví y de alguna manera conseguí doblar las rodillas. Los dos agentes del SEK que me acompañaban se inclinaron mudos hacia mí, con rostros inexpresivos y fría indiferencia. Con lentitud y tranquilidad levantaron sus Heckler & Koch MP y me presionaron en el vientre con los cañones. Después empujaron mis rodillas hacia abajo. No había ningún sadismo en su conducta. Los agentes actuaban como si estuvieran siguiendo unas indicaciones estrictas, con precisión, metódicamente, sin emociones. En el vehículo iba también un miembro de la Asociación de Trabajadores Samaritanos. Le vi de refilón cuando el dolor me hizo girar la cabeza hacia un lado. Me miró atónito y mudo. Encontrarme finalmente en el hospital representó una liberación. A lo lejos oí todavía gritar al jefe de operaciones que él era el representante del jefe de policía, que traía a un condenado a perpetuidad que había asesinado a uno de sus compañeros; había que desalojar de inmediato el vestíbulo y enseguida ordenaría otras medidas de seguridad. Esta operación me dejó muy tocado. Cuando las humillaciones y agravios superan cierto umbral se vuelven peligrosas para quienes las padecen. Se graban fuertemente en la memoria y los recuerdos pueden permanecer latentes durante mucho tiempo antes de pasar factura.

Los que más me marcaron fueron los agentes del MEK de Bochum. Tras la operación intestinal del 6 de agosto de 1975 permanecí durante ocho días en la unidad de cuidados intensivos del hospital de la ciudad. La situación era desesperada. Mis últimas fuerzas se habían agotado. En la fase de recuperación de la anestesia padecí un típico trastorno disociativo: era los restos biológicos de un sujeto desecho y, por otro lado, un individuo hipersensible. Lo primero que alcancé a percibir fue algo banal: dos hombres jóvenes de paisano, con pistolas, se movían a mi alrededor. Le di vueltas a esto en mi cabeza durante horas. Caminé por primera vez alrededor de la cama y examiné la situación: sonda gástrica, catéter urinario, goteo por catéter en la vena subclavia. Así pues, me habían operado y seguía vivo. Los aparatos a mi alrededor indicaban que me encontraba en una unidad de cuidados intensivos. El contraste lo marcaban los hombres que deambulaban con sus

armas como si anduvieran por la calle, sin bata blanca ni calzas. Me atormentaba dándole vueltas a esta contradicción, que se fue disolviendo a medida que tomaba contacto con el mundo tras la ventana: un edificio perpendicular cercano, un árbol, una serie de patios traseros y ningún gran muro circundante. También entró en la habitación el personal médico. La comunicación no era posible, pues sólo veían el residuo biológico inconsciente. No veían al individuo que estaba en el suelo, en cuclillas, junto a mí.

En algún momento conseguí regresar a mi envoltura corpórea. Para asegurarme, hice rítmicos movimientos de cabeza. Estaba allí de nuevo y quería que se percibiera. El primer contacto con la realidad, amenazador y contradictorio, había quedado olvidado. Los agentes del MEK que estaban a la puerta me lo hicieron pagar. Se dieron cuenta de que había despertado y la habitación se llenó de agentes de civil armados. Uno se inclinó sobre mí. Pregunta: „¿Por qué disparó?“ Le respondí que acudiera a otra parte, a la oficina de la policía criminal o a cualquier otro lado, que yo necesitaba reposo. El grupo se volvió más compacto y heterogéneo. Se sucedían las imágenes de los MEK y la policía política en todas las posiciones imaginables, mezclados con el personal médico. Luego hubo otro intento de interrogatorio, precedido por el cese de la confusión de voces. „¿Sabe? Hemos tenido que reforzar su vigilancia. Hemos captado una conversación telefónica en Flensburg, un grupo clandestino quiere liquidarle. Sabe usted demasiado. ¿Por qué disparó?“ Cada vez más rostros se inclinaban sobre mí; ahora acechantes, pero al mismo tiempo inexpresivos.

Este cinismo me dejó paralizado y me derrumbé. Al cabo de un rato comenzó de nuevo, esta vez de manera activa, el proceso disociativo en sujeto y envoltorio corpóreo. No quería seguir viviendo. Me incorporé hasta quedar a la altura del gotero y empecé a reflexionar. ¿Cómo podría hacerlo? ¿Cómo podría librarme a la vez de la sonda gástrica, el catéter urinario, los drenajes y el gotero y tirarme por la ventana? Calculé la distancia que me separaba de las ventanas. Sólo podía contar con la que estaba a mi izquierda, pues las dos de enfrente quedaban bajo un techo horizontal, más bajo. Estas consideraciones eran vanas. Podía levantar la cabeza y también mover los dedos de los pies y los tobillos, pero cualquier otro intento era inútil, continuaba inmóvil. En ese momento entró una mujer y empezó a limpiar el catéter del gotero. Le dije que fuera cuidadosa, pues una vez vi a un compañero sufrir una embolia pulmonar letal debido a una actuación poco diligente.

Nunca olvidaré este cambio repentino a una incondicional voluntad de sobrevivir. Como tampoco olvidaré el pequeño gesto de la fisioterapeuta un día después, que debió de darse cuenta de mi constante desesperación y me acarició en la mejilla. Cuando luchamos por una sociedad humanizada no rechazamos la vida.

Todo lo que expongo sucedió como lo cuento, sólo la secuencia temporal es dudosa.

Llegó mi abogado. Tras largas discusiones pudo finalmente hablar conmigo, con la puerta abierta. El jefe de la policía política en Bochum le confirmó la veracidad de la historia acerca de la conversación captada en Flensburg, mientras que la fiscalía lo desmentía. El MEK y la policía política de Bochum decidieron por su cuenta el interrogatorio en la fase del despertar de la anestesia. Trataban de que me derrumbara para sacarme alguna declaración y ponerse una medalla. ¡Qué nuevos hallazgos no habrían anunciado si de verdad hubiera acabado tirándome por la ventana!

Las noches siguientes fui testigo de las conversaciones de los MEK. Hablaban de sus vacaciones y de sus carreras. En todos los casos de los que supe durante esa semana se trataba de gente que casi había acabado el bachillerato y que mediante cursos y exámenes extraordinarios proseguía su ininterrumpido ascenso a la clase media. Su reclutamiento es puramente tecnológico-instrumental. Se trata de destruir esa frontera moral ante el acto de matar, presente en toda persona, con ayuda de un extenso arsenal de actividades y la mecanización del comportamiento social. No se incluía ahí

una imagen estereotipada del enemigo, con alguna suerte de tintes político-ideológicos. Los mandos policiales ya no consideran necesaria una particular ideologización con relación al elemento a destruir, los terroristas infrahumanos. Pero esta educación apolítica tienen un carácter profundamente ideológico. Quien quiere ascender a las secciones especiales, mejor pagadas y más interesantes, ha de ser más brutal y disparar antes que sus compañeros. Con eso basta. Los 50 muertos de los dos últimos años conforman los escalones de ese ascenso. Los MEK son la inestable vanguardia de pistoleros del sistema dominante, sin límites muy marcados como las aún presentes en el „modelo alemán“ debido a su tendencia al autocontrol. Es una bomba de tiempo. La violenta dinámica de los MEK no conoce límites. Son un producto del Estado, que hace de ellos bandoleros al margen de la sociedad. No es impensable que den pronto el paso a una violencia criminal, tras deshacerse de las „trabas constitucionales“ que en la actualidad todavía los mantienen dentro de unos límites. La bien calculada correlación entre las concesiones sociopolíticas a las grandes masas y el sistemático aniquilamiento de las minorías revolucionarias que caracterizan al actual poder político socialdemócrata podrían pronto quebrarse. Pues los MEK, junto con la Policía para la Seguridad del Estado, se han convertido desde hace tiempo en un fuerte impulsor de una renazificación desde dentro.

Nunca olvidaré la forma en que estos policías fanáticos, de aspecto tan parecido al nuestro con sus *jeans*, hablaban de sus vacaciones. Uno de ellos había pasado catorce días en París. Pero ¿qué clase de ciudad vio? Acogidas en Jefaturas de Policía, actos y comidas en cuarteles policiales. Alguna visita a cuarteles de la CRS en la región. Eso era todo. Francia y París habían quedado reducidas a un frío asunto policial corporativo, aderezado con consideraciones sobre las diferencias que se presentaban a un lado y otro del Rin en las oportunidades de hacer carrera. Otro habló de sus breves vacaciones en la Costa Brava. También él había observado atentamente a la Guardia Civil. De Barcelona sólo era capaz de contar lo que sus colegas españoles le habían referido acerca de los preparativos para hacer frente a los altercados de la época posterior a la muerte de Franco. Fuera de eso no había conocido nada más. Circuló sólo por autopistas. Dijo barbaridades acerca de la holgazanería y cabezonería de los mecánicos de los talleres franceses, pues había tenido problemas con el coche. Las vacaciones no habían producido ninguna relajación en lo que se refiere a su desarraigo social y agresividad canalizada. Así estuvieron hablando durante la noche estas herramientas humanas de la violencia del Estado. Unos monólogos que se sucedían cada cuatro horas.

boletín de difusión, debate y lucha social

Nevadas imaginarias

Han sufrido alguna vez largos periodos de insomnio? Aunque no sea así, deberían no obstante preocuparse de que quienes torturan a otras personas privándoles del sueño no queden impunes. Y son muchos. Me refiero a los que se ocupan de que la pena se cumpla en las condiciones más duras, en el núcleo mismo del Estado de Derecho.

En diferentes fases de mi encarcelamiento me he familiarizado con la nieve imaginaria. Me referiré a la más larga y devastadora, que duró once meses. Cuando en agosto de 1976 fui trasladado definitivamente a la clínica penitenciaria de Bochum, los electricistas ya estaban allí instalando dos focos adicionales frente a mi celda. Los focos estaban a una distancia de unos cinco metros, apuntando directamente a la ventana, a la altura del tercer piso, donde se encontraba la celda para terroristas 3/38. Estaban a ambos lados de mi celda, muy cerca, con 500 vatios cada uno. Al caer la noche del 1 de agosto recibí por primera vez el regalo. Los tres focos –el tercero, más lejos, ya estaba montado desde antes en el edificio administrativo situado enfrente– hacían que en la celda siempre hubiera abundante luz. Al principio no tuve mayor objeción, pues hasta ese momento la luz se apagaba a las diez de la noche y desde agosto pude continuar leyendo ininterrumpidamente.

Gracias a los focos, ahora en la celda era siempre de día.

La euforia desapareció a los tres o cuatro días. Al ver que los focos me impedían conciliar el sueño, me acostumbré a leer hasta la madrugada. Entonces me dormía, pero el sueño era interrumpido a las seis, cuando comenzaba la jornada diaria en la prisión, y era cada vez más superficial. Al cabo de una semana más o menos no quedaba más que un apático dormir con brevísimos lapsos de sueño profundo, de no más de un minuto. Perdí la capacidad de concentración y con ella las ganas de leer por la noche. Comencé a sufrir una angustiada desorientación. Perdí el sentido del espacio y el tiempo. Me alteraba el accionamiento de los intercomunicadores por parte de los funcionarios, que deformaba las voces convirtiéndolas en un ruido estridente. Me encontraba muy alterado, incapaz de leer por largo rato, retener las ideas o tomar notas. Cuando recibía una visita necesitaba tiempo adicional para tratar de adaptarme a la situación. Durante un tiempo estuve tomando somníferos, pero pronto dejaron de surtir efecto. La sugerencia del médico de la sección de que simplemente cubriera la ventana con una manta tuvo consecuencias negativas: la celda de repente oscurecida me provocó un desasosiego añadido, me mantenía despierto y me provocó la ilusión de que el techo y las paredes de la celda, de unos 20 m³, se aproximaban hacia mí. Además, los funcionarios del turno de noche me ordenaron a gritos que retirara la manta. A finales de agosto vi las primeras nevadas. Unos puntos blancos que se desplazaban de arriba abajo tras la doble reja de la ventana de la celda. Era como una película antigua con la cinta rayada. Poco a poco los puntos empezaban a apelmazarse. Se fueron transformando en manchas que danzaban con movimientos cada vez más lentos.

Me negaba a creer lo que veía. Me agarré a las rejas y miré fijamente hacia fuera. Las siluetas de los muros, del tejado, del patio de vehículos y del edificio administrativo situado tras él se habían desdibujado. Era como mirar a través de un cristal esmerilado. Eché la mano a través de los barrotes. ¿Habrían sustituido la segunda reja por una red antimosquitos como la que había en Ossendorf, que producía un efecto parecido? No, todo estaba como antes. Cuanto más fijamente miraba, más borroso e inmóvil aparecía lo que veía. Si dejaba de concentrarme el cristal se disolvía en manchas que volvían a ponerse en movimiento.

Me sentí en peligro cuando la nieve se introdujo en la celda. Cerré los ojos y empecé a cantar. Con los ojos cerrados comencé a caminar por la celda, cuatro pasos hacia adelante, cuatro pasos hacia atrás. Canté todo mi repertorio. Después comencé a conversar conmigo mismo. Diálogos ficticios a una sola voz, en los que los interlocutores hablaban en dos diferentes lenguas extranjeras. Me convertía en esas dos personas. Los ejercicios de concentración que había ido haciendo se confundían con las alucinaciones. Perdido el sentido del tiempo y obligado a evitar que „verdes“ (guardias) y „blancos“ (personal médico) se dieran cuenta de nada, me esforzaba por regresar a la realidad. Esta lucha a menudo duraba días. Al final logré mantener un ritmo día/noche invertido. Leía y trabajaba por la noche. Por el día dormitaba y, alrededor de las 9 de la mañana y de las 5 de la tarde, tenía dos breves periodos de sueño. Empecé a adaptarme a la falta de sueño y aguanté las ilusiones ópticas sin ofrecer resistencia. Peor lo pasé con las alucinaciones que llevaban aparejadas. Cedía un poco y me metía en ellas para luego someterlas y disolverlas desde dentro. Era una lucha contra la locura. El filo sobre el que me movía era a menudo muy fino. Era un enfermo crónico, con problemas circulatorios. Empleé mis últimas fuerzas para no ceder a lo que se pretendía con la privación de sueño: la transformación del precondenado, del recluso, en un loco que precisa atención psiquiátrica. Me ayudó mucho la posibilidad de prohibir a los médicos de la prisión que en lo sucesivo entraran en mi celda, tras una flagrante vulneración de mis derechos como preso a la espera de juicio: impidieron que se completara un informe médico que desaconsejaba que se me mantuviera en prisión y me declararon capaz de afrontar un juicio prácticamente por tiempo ilimitado. Me atendió no obstante un médico externo en las visitas matinales. Además, podía contar con que este médico no tenía ningún interés especial en informar a la Seguridad del Estado sobre nuevos puntos débiles que pudiera encontrar en mí.

No era el único para el que Bochum se convirtió en un infierno a causa de los focos. En otoño del 76, cuando todavía estaba yo en régimen de aislamiento, Guillaume pasó por delante de mí, de camino al taller. Cruzamos unas palabras, como hacíamos en Ossendorf, antes de que los funcionarios le conminaran a seguir andando. Guillaume necesitaba tratamiento urgente. Se encontraba dos celdas más allá de la celda para terroristas 3/38 (las celdas contiguas permanecen siempre vacías). También a él los focos le impedían dormir. Sus quejas no sirvieron de nada y lo que consiguió es que lo devolvieran a la prisión de Rheinbach. En Bochum estuvo sólo algunos días. Después rechazó todo tratamiento médico.

Unas semanas más tarde, la 3/36 volvió a estar ocupada. Se trataba de un preso a la espera de juicio que había sido detenido recientemente. Le oí a la segunda o tercera noche. Estaba claro que había entrado muy rápidamente en la primera fase de ilusiones ópticas. Pasó toda la noche en pie ante la ventana de la celda, dando sacudidas agarrado a los barrotes. Cuando la guardia hubo pasado empezó a vociferar. Creyó ver en ellos a una mujer y un niño. Fantaseaba sobre su aspecto. Se reprochaba su incapacidad de acercarse a ellos y tomarlos en sus brazos. Esta escena se repitió unas cuantas veces, noche tras noche. Finalmente cayó en un estado de pánico agudo y empezó a destrozar la celda. Llegaron los guardias y pronto pudieron escucharse golpes y largos alaridos. Algún enfermero le puso una inyección. Unos días más tarde supe que se lo habían llevado al hospital psiquiátrico regional de Eickelborn. Un enfermero dijo lacónico: esquizofrenia, daños cerebrales. Cuando le repliqué que no era nada de eso, que todo era consecuencia de los focos y de la privación de sueño, salió de la celda y rió ruidosamente mientras la cerraba. Delante de la celda, junto a otro funcionario, se mostró indignado: „Hasta ahí podíamos llegar. Ahora resulta que *nosotros* hacemos enfermar a estos tipos. Están todos mal de la cabeza, es una chusma sucia, asocial y de baja estofa. Habría que despacharlos rápidamente“. ¿Con qué médico nazi habría adquirido este enfermero sus nociones de psiquiatría?

En febrero de 1977 presenté en la fiscalía de Bochum una denuncia contra el director de la prisión y el personal médico. Señalé ahí que les había advertido a los médicos que la privación del sueño provoca un cuadro clínico bien definido. Hasta hoy no he obtenido ninguna respuesta. Este tema parece ser tabú. Y el procedimiento ha creado escuela. Los focos directos o la iluminación nocturna de las celdas se utilizan profusamente desde la aprobación de la ley de aislamiento; según los datos actuales, se aplica a casi la mitad de los presos acusados o condenados por pertenencia a banda criminal. La privación de sueño se aplica en presos sanos, algunas veces incluso bajo la directa supervisión de los médicos. Rolf Pohle, por ejemplo, pasó meses en una „celda para locos“ del bloque de enfermos de la cárcel de Straubing, hasta que fue trasladado a Munich, poco antes de que comenzara su nuevo juicio. También su celda permanecía iluminada día y noche. El encargado de supervisar la aplicación de esta bárbara práctica era el sobradamente conocido médico de la cárcel de Straubing, Last. Esta bestialidad, de la que se encargaban „colegas“ médicos, aún hoy, en libertad, me sigue quitando el sueño.

El personal de la prisión

Desde mayo de 1975 hasta julio del 77 estuve recluso en tres prisiones de Nordrhein-Westfalen: Ossendorf (Colonia), Düsseldorf y Bochum. Allí entré en contacto, por obligación, con un buen número de funcionarios de prisiones. Mis observaciones coinciden ampliamente con las manifestaciones de otros presos acerca de la procedencia social y la conducta de los „verdes“. En las biografías –naturalmente muy fragmentarias– del personal de menor rango dentro de la jerarquía carcelaria: carceleros, ayudantes de enfermería y simple personal de seguridad, hay notables coincidencias. Proceden, casi sin excepción, de empleos proletarios de baja cualificación. Casi la mitad de los funcionarios de Ossendorf proceden de la minería; en Düsseldorf la proporción de antiguos mineros podría ser algo más baja, pero la mayor se da sin duda en Bochum. Entre la otra mitad llama la atención la gran cantidad de emigrantes de la RDA.

Se juntan ahí tres generaciones. Los de más de 50 años fueron víctimas de la ola de racionalización de la producción que comenzó en el área del Ruhr en los años 50 y continuó a comienzos de los 60 en la región de Aachen-Düren. Ellos no satisfacían los requisitos de los planes sociales para la reestructuración de su fuerza de trabajo. No les fue bien en su readaptación profesional. Otros habían probado suerte por algún tiempo en la metalurgia o como operarios en pequeños talleres, sobre todo los carpinteros y cerrajeros. Después, los talleres quebraron o no fueron capaces de seguir el ritmo de trabajo exigido en la Opel de Bochum, en Demag o en Thyssen, y volvieron a quedarse sin trabajo. Las oficinas de empleo, cuando no había ya nada más que hacer, los trasladaban a los programas estatales de reinserción laboral. Con las reformas administrativas de los años 80, el aparato del Estado creció enormemente. Del mercado laboral se seleccionó a los últimos restos con capacidad de adaptarse a nuevas condiciones: más tests, exámenes y reciclajes. Muchos de los mineros que quedaron fuera acabaron encontrando empleo en las prisiones.

La generación de los de cuarenta años se dividía a partes iguales entre los emigrantes de la RDA y los trabajadores occidentales excluidos del proceso. Mientras que la suerte que corrieron los antiguos mineros de esta generación originarios de la RFA coincide en buena medida con la trayectoria de los de 50 años, el proceso de reconversión de los trabajadores que se marcharon de la RDA es aún más largo. La mayoría cruzó la frontera a finales de los 50 o principios de los 60, cuando las normas laborales (TAN) se endurecieron, el ritmo de trabajo se aceleró y las organizaciones sindicales de las empresas, desde arriba hasta los capataces, como antes de la sublevación de 1953, se transformaron en agencias para el incremento de la producción. En el oeste consiguieron rápidamente un nuevo empleo en las cadenas de montaje. Con sorpresa comprobaron que en Occidente existía hacía ya tiempo aquello de lo que habían huido, sólo que algo más perfeccionado. Un funcionario me mostró los gestos que hacía durante el trabajo, un puesto de trabajo a dos manos, claramente estandarizado según el MTM (Método para la optimización del tiempo de trabajo). „Para eso no pueden conseguir un trabajador alemán. Eso es más para los turcos. Me largué. Por suerte tenía contactos. Ya sabe, las asociaciones de refugiados“. Después llegó la reconversión hacia el funcionariado. Al no pasar las pruebas de ingreso en la policía, entró a trabajar en prisiones.

El tercer grupo lo componen los de 30 años o menos. Entre ellos llama la atención la presencia de un elevado número de antiguos oficinistas que en los últimos años fueron despedidos de los puestos peor remunerados. Ya no hay prácticamente reconversión en los empleos de ese nivel y desde entonces también se ha reducido el número de programadores. De los cursos para aprender operaciones manuales se huye como de la peste, y así se prepara el camino hacia el funcionariado. Quieren un trabajo que no requiera mucho esfuerzo, realizar unas funciones fijas, pero sobre todo no sufrir pérdida de ingresos ni de estatus. No son tan ambiciosos ni brutales con los presos como el segundo mayor contingente de los de su misma edad, compuesto por antiguos soldados temporales del ejército federal que aterrizaron en la prisión al no haber podido hacerse con un puesto de capataz en la OPEL, o de comisario de policía, porque algo fue mal en las pruebas de ingreso.

Las biografías de estas tres generaciones muestran así pues claras diferencias, pero presentan también una fuerte tendencia a converger. Los funcionarios ahorran todo lo que pueden para hacerse con una casa propia. En la vida social del lugar donde residen juegan a menudo un papel protagonista: reciben galardones como criadores de palomas, participan en clubes de bricolaje, entrenan a jóvenes en asociaciones deportivas o forman parte de peñas y clubes de tiro. Los que superan los 50 años tienen una visión sarcástica de la realidad. A ellos se les ha pasado ya la hora. Siempre han estado jodidos. Su condición de carceleros les repele. Hacen este trabajo como harían cualquier otro. Están demasiado desarraigados como para poder plantearse algún trato social con los presos. Dejan al preso en paz para que éste les deje en paz a ellos. Pero sobre todo odian la política, toda política es corrupta. Sienten un enorme respeto por los presos que (como ellos creen, sin

ninguna esperanza) se han enfrentado al estado policial y eso los ha llevado a la cárcel. No tienen ninguna duda de que los terroristas son delincuentes políticos. No quieren mancharse las manos con ellos. Naturalmente, entre los „verdes“ de más edad hay también algunos sádicos, pero la mayoría de estos son funcionarios que siempre han llevado uniforme, desde la época nazi.

Entre los que se encuentran cerca de los 40 hasta los 50 los hay que están fuertemente comprometidos con la reforma del sistema penitenciario. Quieren darle un sentido a su trabajo, ver logros tangibles. Son completamente leales y les preocupa la eficiencia: saben que fácilmente podrían estar al otro lado de la barricada si el Estado no los hubiera rescatado justo antes de que cayeran definitivamente en el último peldaño de la escala social, entre los pobres. Por eso se mantienen distanciados de los presos, pero a la vez son los que más hacen por su „humanización“: división en grupos controlables, disciplina por medio del deporte y el trabajo, separación de los reclusos en categorías con diferentes tratamientos. Quien acata las normas, se aplica en los talleres y no comete ningún acto subversivo tiene su recompensa: días libres, reducción de pena, participación en grupos deportivos o en el consejo de presos, régimen abierto. A los rebeldes y alborotadores se les aísla en pabellones especiales y cuanto más furiosos se ponen más tranquilizantes se les administran.

Las mayores diferencias se dan entre los jóvenes. Los empleados que se quedaron sin trabajo son los que en su comportamiento más se parecen a los que pasan de los 50 años. Los suboficiales frustrados, por el contrario, constituyen el núcleo duro del régimen penitenciario; potencian, por así decir, el contingente de los de 40 años. Se consideran competentes para tratar con los agitadores y alborotadores. Son los enemigos naturales de los presos que no quieren someterse y la mayor cantera para el reclutamiento de los servicios especiales de la prisión. Suelen ser los vigilantes de los pabellones especiales y los departamentos de seguridad reclutan a sus cuadros entre sus filas. Actualmente la Seguridad del Estado los necesita para conformar un aparato especial, directamente bajo sus órdenes, a fin de controlar a los grupos políticos ilegales. Los exsuboficiales organizan los sistemas de espionaje carcelarios y neutralizan a los grupos de funcionarios menos leales. Para ellos la prisión no es una vía muerta, sino el trampolín para ascender en la burocracia del Estado.

Presos enfermos

Debo mi supervivencia a mi casual cualificación en medicina y a una amplia campaña en favor de mi puesta en libertad. ¿Pero cuántos presos no habrán muerto en el curso de esa campaña: presos que tampoco reunían las condiciones para permanecer en prisión, pero anónimos, sin apoyo exterior, a menudo sin siquiera contacto con sus parientes más cercanos? Con escalofríos comprobaba una y otra vez que mi suerte como paciente en prisión no era excepcional. La clínica penitenciaria de Bochum no tiene muy buena fama. Se compone de un gran pabellón carcelario, un edificio bajo adyacente con un dispensario, sección de baños, equipos de rayos X etc., y un pequeño sector para mujeres. En el tiempo libre hombres y mujeres permanecen en patios separados. Todo este complejo se encuentra dentro del área que cubre la Krümmede, una institución para presos con condenas cortas. La clínica de la prisión está casi siempre llena: 80 hombres y 20 mujeres.

Por conocimiento directo sólo puedo describir el viejo pabellón masculino de cuatro pisos. A diferencia de la clínica quirúrgica penitenciaria de Düsseldorf, que es una auténtica clínica, también en lo que se refiere al comportamiento del personal, este pabellón es un viejo presidio prusiano. No tiene camas articuladas, los pasillos son tan estrechos que resulta imposible entrar o salir de las celdas en camilla, también las puertas son demasiado estrechas para permitir el paso de una cama. Las celdas son diminutas, de apenas ocho metros cuadrados, y mal ventiladas. Quien conozca los requisitos y condiciones de una clínica para enfermos crónicos sabe lo que eso significa. Los cuidados de emergencia son imposibles, tampoco hay sala de cuidados intensivos, ni siquiera en el edificio adyacente. Durante la convalecencia a los presos sólo les queda la celda.

El personal va en consonancia con la arquitectura. Buena parte del equipo instrumental de ese

edificio adyacente es excelente y se cuenta con unas asistentes médicas técnicamente bien cualificadas. Las condiciones para el diagnóstico no son por tanto malas, y una parte de los facultativos externos del seguro saben utilizarlas. Pero la asistencia médica necesaria acaba a sus puertas. La razón es sencilla. La mayor parte de los médicos externos permanecen poco tiempo en el pabellón de las celdas: durante las visitas matinales. El resto del servicio diurno lo cubren dos viejos funcionarios médicos que están ocupados con el papeleo de la penitenciaría. Naturalmente, conocen las rutinas médicas: fue uno de estos dos internistas funcionarizados quien la tarde del 6 de agosto de 1975 aceptó finalmente mi autodiagnóstico diferencial. Sin embargo, de medicina de urgencias, que se practica ya desde hace quince años, no sabían nada. El edificio se conjuga así de manera natural con un cierto analfabetismo médico.

Los días de labor no hay prácticamente asistencia médica entre las 11 de la mañana y las 8 del día siguiente; los fines de semana es inexistente. Cierto es que en esa época, desde hacía poco, la clínica tenía un convenio con el servicio de emergencias general de Bochum. Pero los médicos de urgencias necesitan tiempo para llegar allí; para ello hace falta personal auxiliar que sepa cuándo hay que llamarlos, y este personal es extremadamente raro en la clínica penitenciaria de Bochum.

Lo que todo eso representa para los presos enfermos lo he comprobado reiteradas veces, directa o indirectamente. Un compañero preso en la celda de enfrente sufrió una vez un ataque cardíaco. Se perdió un precioso tiempo intentando introducir en la celda el equipo de emergencia. Finalmente abandonaron el intento, lo cargaron en una camilla y lo transportaron por la estrecha escalera tres pisos abajo. Debió de morir en la ambulancia. En julio del 76 otro preso, un estudiante, haciendo un penoso ejercicio de acrobacia se colgó de una de las tuberías de la calefacción, en el cuarto piso. El funcionario de turno, en tiempo de servicio ordinario, no llegó hasta pasado un cuarto de hora, aun cuando los ordenanzas habían hecho sonar la alarma inmediatamente. Debía de estar aún con vida mientras le aplicaban unos medios totalmente insuficientes para salvarlo.

A comienzos del 77 otro preso sufrió una parada cardíaca debido a un ataque de asma, también durante el tiempo de servicio ordinario. De nuevo hicieron sonar la alarma los vecinos de celda y los ordenanzas. Los trabajadores de mantenimiento intentaron reanimarlo con métodos anticuados como los que antes se aplicaban a los ahogados, mientras los funcionarios, cuando al fin llegaron, contemplaban impotentes la escena. El preso debe su vida a un médico externo que estaba casualmente por allí, pues era hora de visitas. A raíz de ello redacté una solicitud para que se me permitiera impartir a los ordenanzas un curso sobre medidas de reanimación, pero no mereció ninguna respuesta.

Los ordenanzas, el personal de mantenimiento, son los únicos que se ocupan de los presos enfermos. Por un salario diario de tres marcos se ocupan de las tareas más pesadas. Junto a tres religiosas de edad avanzada se ocupan del cuidado de los enfermos: les cambian las sábanas, limpian las celdas, hacen con ellos lo mejor que pueden ejercicios de rehabilitación en los baños y les dan de comer. No tienen ninguna formación para ello. Pese a todo, son los únicos que al estar en estrecho contacto con los enfermos pueden conocer posibles cambios en la evolución de la enfermedad. Carecen de cualquier cualificación, pero su a menudo tosca y ruda solidaridad hace de ellos buenos observadores. Contaban ellos de un joven, con la piel amarillenta, que había llegado en un estado deplorable. Su comportamiento era muy diferente al de los „amarillos“, los drogadictos con hepatitis que solían llegar. El médico responsable le quitó importancia, era un amarillo como cualquier otro. Unos días más tarde el joven fue trasladado a una clínica del exterior, demasiado tarde ya para poder ayudarlo: la autopsia reveló que había muerto debido a un desgarramiento hepático. Otro preso joven nos contó su historia. Al fallecido le habían dado una paliza en un centro de menores cuando, a su ingreso, se negó a que le extrajeran sangre para un análisis, y después, ya claramente en coma hepático, lo trasladaron a Bochum. ¿Quién guarda luto por esta y otras muertes? ¿Cuándo llegará la hora de la verdad para los responsables?

Es cierto que diagnósticos erróneos similares se dan en todos los hospitales. Pero en el caso de Bochum se diría que están planificados. Responden a la mentalidad del personal médico y de los cuidadores-carceleros que están a sus órdenes, todos los cuales dan pie a que se produzcan. Unos médicos que dicen de sí mismos que están en el basurero de las cárceles de Nordrhein-Westfalen (como me dijo su jefe), y que en las visitas se quejan ruidosamente de la chusma que les ha vuelto a llegar durante el fin de semana, no pueden practicar más que medicina basura. Se ocupan más de que el preso vista el pijama de la cárcel que de su estado de salud. Para ellos sus pacientes son individuos subhumanos o, en el mejor de los casos, simuladores. Se comportan con ellos no como médicos, sino como parte de la condena, como piezas especiales del castigo. En Düsseldorf no era así. Allí el personal médico era correcto, lo cual hizo que „su“ justicia acabara arremetiendo contra ellos.

Hasta aquí la parte dramática del funcionamiento de la clínica. Pero ¿qué hay del día a día? Ha conseguido tener una buena consideración, pues para el personal médico es una cuestión de prestigio que el nivel de su establecimiento pueda equipararse oficialmente al de un hospital medio fuera de los muros de la prisión. El personal médico de Bochum tiene fama en la administración de justicia y es también tristemente célebre entre los presos debido a que esa generosa autoevaluación les lleva a declarar a los condenados por principio aptos para su ingreso en prisión. He conocido a presos que en otras clínicas penitenciarias, por ejemplo Hohenasperg, habían sido declarados no aptos para entrar en prisión y a continuación, tras una nueva revisión, trasladados a Bochum para quedar allí internados.

De este modo, también el panorama cotidiano era un horror. Un compañero preso había sufrido en la cárcel de Wuppertal, por falta de tratamiento, una grave crisis circulatoria y desde entonces padecía dolores de cabeza cada vez más fuertes, ataques de migraña y desmayos súbitos. Era una sombra de sí mismo. Pocas veces he visto a una persona sufrir de tal manera. Cuando al fin consiguió que le hicieran un examen neurológico se descubrió una hemorragia entre las meninges que, no obstante, no se consideró lo suficientemente importante como para justificar una operación inmediata. El preso continuó encarcelado.

Otro preso, beneficiario de la ayuda social, pocas semanas después de haber sido operado de la articulación de la cadera fue detenido por fraude e internado en la clínica penitenciaria. Estaba todavía totalmente inmóvil y necesitaba un tratamiento postoperatorio cualificado. Nada de eso era posible en Bochum, pero pese a ello no quisieron excarcelarlo. Finalmente el personal médico perdió la batalla jurídica. Al preso le hicieron pagar cara su derrota. Tras la obligada excarcelación, contra la voluntad de los médicos, le denunciaron ante la Oficina de asistencia social alegando que las complicaciones se las había provocado él mismo autolesionándose. La recuperada libertad se convirtió así en una tortura, pues peligraba la ayuda que recibía, y esto en un estado que requería de nuevas operaciones. Sólo una casualidad permitió desenmascarar esa maniobra gangsteril.

Un tercer preso, holandés, había sido detenido en la frontera por tráfico de hachís. Fue internado en la clínica penitenciaria de Bochum, pues estaba convaleciente de una reciente operación para extirpar un tumor en los testículos. Cuando la embajada holandesa solicitó la extradición para continuar las sesiones de radioterapia en un centro oncológico de Eindhoven, ésta fue denegada y, sin consultar a la clínica holandesa, se le aplicó la radioterapia en una clínica de Bochum. Las consecuencias fueron devastadoras, poco después se produjo una metástasis en toda regla. Cuando al final aprecié una metástasis en el tórax, advertí que haría público el caso durante el proceso judicial en Colonia. En vista de ello, el preso fue extraditado a Holanda a toda prisa.

Huellas del pasado

En la primavera del 77 se produjo en la clínica penitenciaria de Bochum la rotura de una tubería de agua. Una cuadrilla de internos, obreros de la construcción, se llegó hasta allí para despejar el lugar, arreglar los desperfectos y cambiar la tubería. Claramente no había planes para ese área, construida hacía apenas un siglo, en la época del *boom* industrial en la cuenca del Ruhr. En una ocasión en que me iban a llevar a una audiencia en el juzgado, cuando estaba en el ropero, comenté, por hacer un chiste malo, que si seguían excavando de esa manera acabarían encontrando un sótano de ejecuciones y esqueletos de la época nazi. No tenía ni idea de lo cerca que estaba de la verdad. Un funcionario, espontáneamente, preguntó: „¿Cómo lo sabe?“. Despertó mi interés e investigué lo mejor que pude. Resultado: en el ala principal de la cárcel, un edificio en forma de estrella sin conexión directa en la superficie con el complejo hospitalario, hay un gran sótano que en la época nazi tenían lugar las ejecuciones. Debió de haber un paso subterráneo que comunicaba con el hospital. Cabe suponerlo, ya que en la época nazi, en el marco de la Operación eutanasia de Heyde, también en la clínica de Bochum se internó a personas con „vidas indignas de ser vividas“, después eliminadas por indicación de los médicos. Dos compañeros presos me comentaron que, a finales de los 70, en el patio de la cárcel se destruyeron los últimos documentos hospitalarios de la época nazi. Uno de ellos había participado en el grupo responsable de hacer desaparecer la documentación, el otro se lo había oído contar a otros presos que también tomaron parte. El que participó directamente recordaba haber leído una estadística del número de muertos. Todas las personas que figuraban en la lista habían sido internadas en la clínica penitenciaria de Bochum justo una semana antes, y después habían fallecido por „problemas circulatorios y cardiovasculares“. ¿Necesitaba el cuerpo médico nazi de Bochum –de cuyo seno también surgió el comisario general de la Sanidad alemana, Karl Brandt– que llegara un ministro de Justicia socialdemócrata [*Diether Posser, NdE*] para atreverse a borrar las últimas huellas del pasado?

La supervivencia en régimen de aislamiento

Cada vez tengo más dudas de que esto se pueda soportar más allá de cierto tiempo. Quisiera en primer lugar aclarar qué entiendo por régimen de aislamiento: vegetar en una celda, apartado de la vida normal carcelaria y excluido de la participación en cualquier aspecto de la subcultura interna de la prisión. Ahí entra todo lo que los jueces de instrucción detallan en la ordenanza de „aislamiento riguroso“: tiempo de patio en solitario, celdas vecinas vacías, exclusión de participación en actividades con otros presos, discriminación extrema y limitación del correo y las visitas. A esto hay que añadir la privación de cualquier posibilidad de obtener información del exterior, la cual representa un respiro, al menos por algún tiempo: prohibición de la radio, libros y periódicos. Bajo estas condiciones tienen un efecto devastador las reforzadas medidas de vigilancia: observación constante a través de la mirilla, utilización de los intercomunicadores como instrumentos de escucha, continuos registros de la celda, controles nocturnos e iluminación perturbadores del sueño, ventanas enrejadas cubiertas con redes, registros corporales completos y cambio de ropa antes y después de cada visita. Se suprime todo contacto personal y los estímulos sensoriales para sustituirlos por el solo contacto con los órganos tecnológicos y personificados del poder del Estado. Antes o después, un trato de este tipo acaba destrozando a cualquiera. Hasta ahora, en la República Federal raras veces se ha llevado hasta sus últimas consecuencias. Hasta hoy lo habitual ha sido más bien un tira y afloja en el grado de intensidad del aislamiento: periodos de riguroso aislamiento seguidos de otros en las condiciones de reclusión habituales, con todas las posibilidades intermedias. Pero lo perverso de todo esto es que las autoridades políticas encargadas de la persecución de los delitos han elaborado toda una ciencia a partir de los conocimientos que les han proporcionado los largos años alternando un hostigamiento extenuante con concesiones parciales: alternan el abuso de poder hacia los presos con ciertas concesiones, derivadas del „clima mediático“ del momento. Durante los tres o cuatro primeros meses, exceptuando las visitas de los abogados defensores, que ahora tienen lugar tras vidrios de separación y caen así dentro del

concepto general de tortura, los presos son sometidos a un aislamiento total. Durante ese tiempo la Policía de la Seguridad del Estado manipula los recuerdos más recientes del recluso para acelerar su desmoronamiento. En mi caso, por ejemplo, en los primeros días de detención la policía me comunicó falsos fallecimientos, registró a una amiga como mi compañera, le prohibió permanentemente las visitas a mi auténtica compañera y utilizó a mis padres en su primera visita como instrumento para conseguir declaraciones de manera indirecta.

El régimen de aislamiento tiene claramente el propósito de deshacer la personalidad del detenido juzgado ya de antemano, agotarlo psíquicamente y anular su voluntad, transformando su cuerpo en una pieza más del poder del Estado, percibido como ilimitado.

Es después cuando comienzan los interrogatorios sistemáticos. Así fue en mi caso y, por lo que sé, es como actúa la Seguridad del Estado con la mayoría de presos bajo su tutela sospechosos de pertenecer a alguna asociación criminal.

Un procedimiento totalmente diferente se emplea con los supuestos espías, de los cuales, tras la detención, se recopila toda la información disponible. La fiscalía se basa en psicogramas que ofrecen un grado de probabilidad cercano a la certeza y somete el tipo de confinamiento y de interrogatorios a los supuestos criterios óptimos para la destrucción de la personalidad. En ocasiones el éxito es tan arrollador que delatores que nada tiene que revelar se pasan al bando de los servicios de inteligencia. Los testigos principales que hemos conocido en el pasado eran producto del acoso a que se les sometió y de las condiciones de detención. Los cazadores son reclutados entre sus víctimas.

Desde que se conociera el experimento destructivo realizado con Ulrike Meinhof, la sigilosa tortura de los *toten Trakte* („pabellones muertos“) no puede ya proseguir sin fisuras. La Seguridad del Estado, aunque con reticencias, se ve obligada a abrir algún resquicio: visitas, correo, libros, ocupaciones intelectuales. Sin duda aprovecha cualquier ocasión que se le presenta para volver a suprimir esos balones de oxígeno. Todo el que ha superado la primera fase de aislamiento aprende a manejar esos resquicios de manera que a la Seguridad del Estado se le atragante su avidez de información.

Esa era la situación hasta el verano de 1977. El aislamiento era un arma que en la mayoría de los casos había quedado desvirtuada. Las campañas iniciadas en favor de presos concretos, tras el derrumbe del Socorro Rojo y la crisis de los Comités contra la Tortura, fueron extraordinariamente efectivas. Los presos no fueron ya considerados simplemente como heroicos luchadores, sino como personas concretas con sus fortalezas, debilidades y contradicciones. Era posible dejar que los hechos hablaran por sí mismos. Las consignas y frases hechas que hasta entonces habían distorsionado la auténtica realidad de la cárcel con todas sus sombras, sus resquicios y gradaciones se volvieron superfluas. Se apreció la importancia de corregir rápidamente las informaciones que se probaban falsas y así evitar que los medios dispusieran de esas pequeñas porciones de verdad sin las cuales se desmorona toda su demagogia.

¿Pero merecen los resquicios que han minado el régimen de aislamiento el esfuerzo que se ha requerido para ello? Estoy totalmente convencido. Toda la fuerza de la resistencia depende de si es capaz de lograr una alternativa al régimen de aislamiento que no esté controlada por la Seguridad del Estado. Sin la previa campaña de apoyo, ni Roland Otto ni yo habríamos estado en condiciones de afrontar el proceso judicial con la cordura y el rigor que se requieren para una defensa efectiva. En cualquier caso, yo no habría estado en condiciones de mantener bajo control las consecuencias del aislamiento. Los presos que hasta el momento del juicio han permanecido rigurosamente aislados, a menudo no son capaces de defenderse si no es con conceptos abstractos y explicaciones generales. Les resulta imposible dar el paso hacia un análisis político concreto de la estrategia

procesal, que nunca es generalizable. Por eso el régimen de aislamiento es un método de tortura tan péfido, porque destruye calladamente, sin dramatismo y sin dejar huellas visibles, o bien reduce las energías del preso hasta el punto de que sólo es capaz de expresar declaraciones antiimperialistas globales en las que el languideciente sujeto no refleja ya su historia social concreta. Pero esto es exactamente lo que oficialmente, desde [Buback](#), se pretende con el aislamiento: o bien los gestos de completo sometimiento del delator, o bien la bestial asimilación del preso recluido en aislamiento a la imagen manipulada que se trasmite a la opinión pública del abstracto terrorista cegado de locura homicida.

El objetivo del aislamiento es el abandono incondicional del sentido de solidaridad. Ojalá la izquierda, ojalá todos los que en años pasados nos hemos distanciado tan decididamente de los procesos de Stammheim y Düsseldorf, nos demos cuenta de que con nuestro comportamiento nos hemos convertido en legitimadores a posteriori de las formas socialmente aceptables de tortura. ¿No fue Buback quien poco antes de su muerte declaró que el objetivo de acabar con la solidaridad justifica todos los medios aplicados?



boletín de difusión, debate y lucha social
